

CUENTO N° 151

TÍTULO: EL CHAGUALITO

SEUDÓNIMO: UNTIPOCOMUN

AUTOR: ROBERTO ENRIQUE AVENDAÑO ROJAS

El chagualito

Seudónimo: UNTIPOCOMUN

Mercedes no tenía más allá de veintidós o veintitrés años. Esa mañana buscó en los bolsillos algunas monedas para comprar algo de comer para sus hijas.

¡No encontró ni un centavo! Ya había rebuscado entre los tarros que tenía sobre unas tablas —en el rincón donde estaba el brasero en que cocinaba— pero... nada de nada. Dentro de los tarros no quedaba siquiera un miserable poco de sal. Habían tocado fondo. ¡La inopia total! Lanzó un grito... diferente a cualquier otro grito. ¡Cómo un aullido de desesperación!

La mayor de las niñas lloriqueaba pidiendo un trozo de pan. Se sintió abatida, mesándose los cabellos de impotencia. Algo la impulsó a mirar hacia la cama. En el muro, sobre la cabecera, vio el crucifijo que ella misma había colgado un tiempo atrás. Siempre lo vio ahí pero ahora fue diferente. La imagen la atraía de una forma especial.

Se acercó lentamente sin quitarle la vista y se arrodilló ante ella. Tal vez nunca había orado con tanta fe como lo hizo en ese instante, mientras lágrimas escurrían silenciosamente por sus mejillas:

—¡Señor! —gimió —tú sabes que no he sido una mala persona en mi vida, pero ahora no tengo nada que echarles en la boca a mis hijas. ¡Por favor!... Señor, ¡ilumíname! Guíame para hacer lo correcto y poder ganarme algunos pocos pesos. Continuó orando por unos minutos. Lentamente empezó a tranquilizarse. Se persignó y se puso de pie. Se acordó de su suegra.

Se mojó la cara, tomó a su guagua en brazos y a la mayorcita de la mano, salió de la mediagua y se dirigió a la calle O'Higgins donde la encontraría. Era día de feria libre en Curicó, donde la señora tenía un puesto de verduras y frutas.

Seudónimo: UNTIPOCOMUN

A veces le pagaba algunos pesos por su ayuda, pero no siempre, ya que ella también tenía familia y a veces las ventas no alcanzaban ni para los suyos. Saludó, acomodó en un cajón tomatero a la menor y a la mayor la sentó sobre un atado de sacos vacíos al lado de su hermanita. Su suegra la notó llorosa y escuchó a la mayor de las niñas quejándose de hambre. En un brasero tenía una tetera con agua hervida y un par de churrascas calentándose, le sirvió un jarro de té y uno de los panes que su nuera compartió con la mayor.

La mujer sabía que su hijo no era ninguna maravilla y últimamente notaba que andaba siempre a “medio filo” o cuando no, totalmente borracho. A Mercedes la quería por su madurez, aunque era poco más que una muchachita, jamás la escuchó gritar, hablar fuerte o demostrar enojo, ni con su marido ni con nadie.

Se conocían con Luis desde niños, vivían en casas casi vecinas, jugaban juntos, iban a la misma escuela y después, ya adolescentes, a nadie le extrañó que iniciaran una relación sentimental. Tuvieron su primera hija cuando ella tenía diecisiete años. Cuando cumplió los dieciocho se casaron y tres años después nació su segunda hija.

Pero las cosas no se estaban dando como ella soñó y se daba cuenta que estaba pasando demasiadas amargas y arrastrando en ellas a sus hijas. Pese a que era muy reservada, ese día se decidió a conversar con su suegra y sincerarse con ella. Con voz vacilante le dijo:

—Señora Luisa, ¡no sé qué hacer! El Lucho, en cuanto termina su trabajo en la panadería se va a las cantinas con sus amigotes y se toma todo lo que gana. Rara vez puedo sacarle algunos pesos para comida. Hoy me di cuenta que no teníamos ni un grano de sal en la casa. ¡Ni un miserable peso! Ni siquiera

Seudónimo: UNTIPOCOMUN

tenemos algo de valor para vender y poder comprar alguna cosa para cocinar —concluyó, haciendo esfuerzos para no soltar el llanto.

—Mira Meche, aquí tienes un par de chaguales para que los piques y yo creo que podrías venderlo entre los caseros que pasan por aquí. Haz la prueba.

De inmediato la muchacha empezó a picarlos bien finitos, los echó en agua, esperó que estilaran y luego los repartió en seis bolsitas. Desocupó una esquina del tablero que hacía de mesón y las puso bien ordenadas para que llamaran la atención.

Pasó una señora, vio las bolsitas y preguntó: —¿Eso es repollo m' hijita?

—No señora —contestó Mercedes— es chagual. Es muy bueno para hacer ensaladas. Usted lo remoja un rato y luego lo aliña. Estos ya los desagüé. Puede agregarle unas aceitunas, o hacer una entradita con salmón, mariscos o cualquier conserva y le va a quedar muy rico.

La señora sonrió por el tono convincente de la muchacha, tomó una tirita que asomaba por el nudo de una de las bolsas y se la llevó a la boca.

—¡Tiene buen sabor!, ¿sabe m' hija?, guárdeme las seis bolsitas y yo las paso a retirar en un rato más, cuando termine de hacer las compras que me faltan.

Así lo hizo, y efectivamente unos minutos después volvió, le pagó los chaguales y se marchó.

—¡Bueno, ya tengo para parar la olla por hoy! —pensó.

Al día siguiente le preguntó a su suegra si podría fiarle unos cuatro chaguales.

—¡Claro pues chiquilla!, ojalá puedas seguir haciendo negocio. Tú sabes que a mí no me queda tiempo para estar picándolos.

Con ellos hizo doce bolsitas y a medio día ya las había vendido.

Seudónimo: UNTIPOCOMUN

En la tarde, mientras volvía con las niñas a su mediagua, le dijo a la mayor:

—¿Sabes mi amor?, desde hoy nunca más pasaremos hambre. Ahora ya sé cómo puedo ganarme la vida.

Un día que su suegra no tenía chaguales, divisó a lo lejos al campesino que se dedicaba a venderlos a los feriantes. Pensó un momento y le dijo a su suegra:

—¿A usted le molestaría si le compro yo los chaguales a don Juan Bautista?

—¡No pos m' hijita!, si yo en general no vendo esas verduras más que de vez en cuando, así que conversa con don Baucha no' más.

Mercedes le preguntó si le vendía todos los que llevaba, pero se los pagaría al otro día. El campesino, que ese día no había vendido mucho, aceptó el trato.

Desde entonces Mercedes los picaba, remojaba y los vendía, muchas veces cantándolos por el pasillo central de la feria de calle O'Higgins.

Un par de meses después, consiguió que le asignaran un puesto. Se consiguió un par de tableros, cuatro caballetes y logró con ellos armar su propio mesón.

Pero se percató que la temporada de chaguales no era muy larga, entonces empezó a vender además bolsitas con apio o repollo picado, y poco a poco fue agregando otras verduras, algunas crudas y otras cocidas.

Como tenía personalidad y un tono educado y convincente, con el paso de los meses consiguió junto a otros pobladores del terreno donde vivía, que el Serviu les construyera casetas sanitarias anexas a sus mediaguas.

Con ello contaron con baño y cocina. ¡Sintió que la vida le empezaba a sonreír!

Su marido seguía como panificador y pese a que seguía tomando, se percató que algo debía dejar en la casa, aunque de vez en cuando, nuevamente volvía sin un centavo en los bolsillos.

Seudónimo: UNTIPOCOMUN

Lucho Castro era un par de años mayor que Mercedes, alto, delgado, ojos claros y un hablar pausado. Amaba a sus hijas y a su mujer. Por las tallas de sus amigos se empezó a percatar que si seguía por ese camino de farras y fiestocas perdería finalmente a su familia.

Mercedes esperaba pacientemente. Un día su hombre llegó más temprano. No estaba ebrio. —¡Llegó el momento! —pensó— y sin más, lo encaró:

—Oiga Castrito, ¡quiero que se deje de tomar! Mire, los años van pasando y las niñas están creciendo. Yo sé que usted me quiere y yo también lo quiero. Sabe que usted ha sido el único hombre para mí, pero yo ambiciono más de la vida. Quiero que seamos como la gente normal, que tengamos algún fin de semana como cualquier familia, juntos y usted sobrio. Que salgamos a pasear aunque sea a la Alameda donde las niñas puedan corretear a gusto. Que cuando van a la escuela no tengan que avergonzarse porque su padre pasa todos los días “curao”. Esta es también su casa y siempre va a ser así. Ahora, si usted no quiere cambiar y no deja el trago, igual podrá llegar porque aquí están sus hijas; yo lo atenderé y le daré de comer... ¡pe-ro-na-da-más! Aunque me muera de ganas de que me abrace y me haga cariño, no se lo permitiré. De todas maneras, yo siempre le voy a guardar el amor que le tengo y que siempre le he tenido y seguramente usted también se acordará de la mujer que tuvo. Pero así no podemos seguir. Vea lo que prefiere hacer.

Pasaron algunos días y una tarde llegó Castrito bastante temprano, totalmente sobrio y le dijo a su mujer:

—Ya Mercedita, ¡no voy a tomar más! Quizá algún día en casa para algo que

Seudónimo: UNTIPOCOMUN

celebrems juntos me tome un par de copas, pero nada más. Los amigos seguirán siendo mis amigos, pero ya les dije: *conmigo no cuenten más para estas salidas y si son mis amigos de verdad, ¡nunca más me vuelvan a invitar a un trago!* Quiero que me creas, Meche, porque estoy decidido.

¡Y así fue! Desde entonces empezaron a trabajar juntos.

Algunos años después, cuando la feria se trasladó a los locales de la actual Felicur, obtuvieron un puesto donde han podido progresar juntos. Pero ahora su puesto es de frutas. Nadie en toda la feria trae mejores frutas de temporada que ellos, y a veces algunas verduras de la zona.

—¡Buenos días Mercedita! —la saludó una clienta —¿qué le pasó que tuvo cerrado el fin de semana pasado? Pensé que estaba enfermita.

—¡No pues m'hijita! Resulta que nos fuimos por tres días al sur. Nunca habíamos llegado tan allá. Mi hija mayor trabajó algunos días un par de horas extras y pidió el viernes libre. Nos llevó en su autito para que pasáramos el fin de semana con ella y su marido en Dichato. ¡Qué lindo lugar, m'hijita! Yo, que he estado tan pocas veces en la playa y haber conocido ese balneario. ¡No se imagina usted cómo me siento! Ver a mi viejo en esa playa de arena dorada, como cabro chico jugando con las olas me puso tan feliz.

En ese momento, alguien que pasaba, le preguntó mostrándole unas bolsitas con verdura picada que estaban ordenaditas en una esquina del tablero:

—¿Esto qué es, caserita?, ¿es repollo?

—¡Nooo, es chagualito, es muy rico para ensaladas... Además, ¿sabe m'hijita?

—agregó sonriendo— ¡trae buena suerte!

* * *